

todas partes de Europa y del Asia helénica, sus artes llegaron á conquistar derecho de ciudad en la Grecia antigua, en Sicilia é Italia; después la herencia se propagó de pueblo en pueblo y de siglo en siglo.

Por otra parte, el fin aparente de Grecia no era un verdadero fin, y la dominación de las repúblicas madres, la expatriación de los mejores y de los más valientes que se refugiaban ó iban á buscar fortuna en todas las colonias helénicas ó en todos los reinos «bárbaros» de los contornos del Mediterráneo, tuvieron por consecuencia una enorme extensión de la verdadera Grecia y de sus ideas. El foco de vida cambió de situación, pero la vida continuó ardiendo con el mismo ardor. Así como Atenas había recibido el fuego sagrado transmitido por los Milesios y tantos otros fugitivos del Asia Menor, el mismo Pérgamo, Alejandría, Cirene, Siracusa, Marsella, se convirtieron en otras tantas Atenas, continuando la obra de su antecesora, y continuándola sobre todo por la actividad del pensamiento y el amor desinteresado de la ciencia. ¿No se vió al Masiliota Pytheas explorar los pasajes del Gran Norte Atlántico, sólo por la alegría de saber?

Los edificios construídos, especialmente el Partenón, mostraban de una manera definitiva y deslumbradora cómo habían comprendido los artistas griegos la realización de su ideal en arquitectura; pero en filosofía, en moral, en la concepción de la vida personal y colectiva, no acabaron su obra hasta mucho tiempo después: puede decirse que en el destierro redactó Grecia el testamento de los siglos vividos por ella y su método de enseñanza para los pueblos venideros.

La causa primera de este admirable desarrollo del pensamiento que caracteriza á Grecia, debe buscarse en la débil influencia del elemento religioso. Los sacerdotes no gobernaron los Helenos. Es cierto que el sacerdocio intentó constituirse en las repúblicas eólicas, jónicas y dóricas, como lo había hecho también en todos los demás países del mundo, pero tuvo escasísimo éxito en su empresa. Los mitos aportados de Egipto, de Fenicia y de Persia no fueron acompañados de sus terribles intérpretes, los mágicos dispensadores de la

salvación. En cada vallecillo de montaña, en cada familia del clan primitivo, el Griego era su propio sacerdote, y cuando la tribu tomó mayor extensión, los representantes políticos de los ciudadanos presidían un culto general. La mitología griega, tan rica y tan variada, se renovaba incesantemente á impulso de la imaginación popular que, de valle en valle, de península en península, lo mismo que de siglo en siglo, modificaba rápidamente sus dioses. El sentido primitivo de las fábulas inventadas por el simbolismo — primera tentativa de resumen sintético — quedaba todavía claro para la mayor parte de los fieles: sabían éstos perfectamente que Zeus era el «Gran Día», y, á la vez, el soberano del Olimpo; Poseidon era el dios del mar, pero sobre todo el mar mismo; Hephaistos forjaba las armas de los dioses en el foso subterráneo de las lavas, pero se mostraba en persona bajo la apariencia de las llamas. Así, entre todas las divinidades, Demeter, la «Buena Madre», que protegía las mieses, era la mies misma ondulada por el viento. Esa transparencia de los mitos permitía á los Griegos pasarse sin intermediario para comprenderlos; aparte de que la ciudad quedaba harto pequeña á la vez que demasiado agitada también para que pudiera formarse un sacerdocio de exterioridad inmutable.

Ciertamente que la belleza del cielo claro, la pureza de perfil que ofrecían las rocas y las colinas del horizonte, la luz esparcida sobre el mar, habían contribuído á dar encanto y alegría al conjunto de la mitología griega. El espanto de la muerte, el miedo de lo desconocido que se supone existente al lado opuesto de la tumba, reinaba menos sobre los Helenos que sobre las poblaciones de las comarcas donde la Naturaleza es más sombría y sus fenómenos más terribles. Esa fué una de las causas por que evitaron la intervención constante del mago que conjura la suerte por medio de gestos, contorsiones y gritos; se habían separado en esto de sus parientes y aliados del Asia Menor que, en el Ponto, Capadocia y Cilicia, se entregaban á angustias extáticas, como lo hacen todavía en nuestros tiempos el *chamán* turanio, el exorcista católico y el *piagé* de Mundurucú.

Durante el bello período de Grecia, el cruel destino, que se cernía sobre los mismos dioses, y cuya dominación terrible nos ha sido

descrita por los grandes trágicos, parece haber sido, para el pueblo de Atenas, un asunto de instrucción dramática mucho más que una causa real de espanto. Los oráculos de Delfos, los de los otros dioses que se venía á consultar de todos los países griegos ó helenizados, tienen un carácter especial: mientras que las divinidades de las otras naciones amenazan, mandan, aterrorizan, Delfos parece ingeniarse en ejercer la sagacidad de los Griegos, dándoles enigmas que resolver, juegos de ingenio que adivinar. El Sinaí fulminaba sus leyes al pueblo prosternado en el polvo del desierto; Delfos conversaba, por decirlo así, con hombres de gusto delicado, y frecuentemente se dió el caso que los ciudadanos de una ciudad discutieron sus oráculos. Los Cúmeos, en el Asia Menor, llegaron hasta desobedecer de propósito deliberado una orden de los Branchides¹, que les obligaba á entregar su huésped al rey de Persia: prefirieron su propia concepción del bien.

Pero, por poco que existiese, el sacerdocio, por su espíritu de casta, había de ser fatalmente hostil al libre genio de los Griegos y hasta tender á la traición. En el período del peligro supremo, quería el pueblo defenderse á todo trance, y por el mismo hecho de la manifestación de su enérgica voluntad, se imaginó que los dioses habían combatido por él; sin embargo, «los oráculos habían quedado neutros ó equívocos»: se necesitó toda la sutileza de Temístocles para interpretar en sentido heroico una respuesta ambigua de la Pitia. No comprometerse con el vencedor, tal fué la última palabra de la sabiduría sacerdotal².

Sin duda, la pérdida de la independencia de los Griegos aumentó proporcionalmente la influencia del sacerdote. Ritos misteriosos como los de Eleusis atraían hacia ellos los desocupados y los decadentes de la época, gentes vanidosas é inquietas que querían hacerse iniciar en una supuesta ciencia prohibida á los profanos, y sobre las colinas se perseguían, desencadenados en el furor de los sentidos, los rebaños de las Bacantes y de los Menades.

Más dichosos que los Semitas y los pueblos del lejano Oriente, y gracias á la variedad, á la rapidez de movimientos, á los cambios

¹ Herodoto, *Historias*, t. I, p. 158 y siguientes.

² Edgar Quinet, *Vie et Mort du Génie grec*, ps. 33 y 34.



CARIÁTIDES DE LA ERECHTEA EN ATENAS
FINAL DEL SIGLO V ANTES DE LA ERA VULGAR

Cl. Bonfilis.

sucesivos y profundos en su politeísmo, los Helenos pudieron así escapar á la tiranía de un libro como el Zend Avesta, los Vedas y el Chu-King, como la Biblia y el Corán.

Lo que entre los Griegos se aproximó más á los «libros sagrados» por la autoridad sobre los entendimientos, fueron los poemas y los dramas de los grandes rapsodas y trágicos; pero era difícil hallar en esas obras una regla de pensamiento, una línea de conducta general para la nación; á lo más, un individuo como Strabon,

Semita helenizado él mismo¹, atribuía una especie de virtud sagrada á los versos de la *Iliada*, ingeniándose para relacionar los hechos de la geografía con las descripciones de Homero, pero las concepciones del poeta, ineficaces para su objeto, no podían detener lo más mínimo el desarrollo normal de la sociedad en su conjunto: no servían de freno, como los mandamientos de la Biblia ó del Corán, para retardar indefinidamente la evolución intelectual y moral de los creyentes.

El politeísmo, tal como se desarrolló en la Grecia antigua, tiene por principio la autonomía de todos los seres y reconoce implícitamente que toda cosa vive². De ese modo la religión de los Griegos afirmaba ya lo que la ciencia moderna ha reconocido: la indisolubilidad de la vida bajo todos sus aspectos, materia y pensamiento; mas si por sus altas concepciones se proyecta á lo lejos en el mundo de la ciencia, participa también por sus orígenes del animismo primitivo que puebla de genios las tierras, el aire y las aguas, que ve los espíritus innumerables agitarse en el follaje de las encinas.

Los pastores de la Arcadia, sobre sus herbosas y floridas mesetas, continuaron practicando el mayor tiempo posible esa vieja religión natural: á su principal divinidad, campestre como ellos, hecha á su imagen, le agradaban los hermosos horizontes luminosos, los fecundos pastos, los antros frescos donde poder resguardarse del sol³. Pan, que dió á toda la comarca el nombre de Pania⁴, cedió el primer puesto á Zeus, el dios celoso; y los Arcadios hubieron de subordinarse á poderosos vecinos; pero, aunque muy modesto y retirándose discretamente en las cavernas, Pan no abdicó, y permaneció siendo el dios de los pobres que le erigían simples altares, no templos, y le traían, no animales cebados, sino rústicas ofrendas. Sobrevivió así, más duradero que Zeus y otros dioses jóvenes, y por una extraña fortuna debió á la semejanza fortuita de su nombre con la palabra «πᾶν», tomado en el sentido de «todo», de ser asimilado á la inmensidad misma de las cosas vivas, con el gran universo panteísta. Así es como en el *Sátiro* de Hugo, Pan, infinitamente engrandecido, sin

¹ Jules Baissac, *Société nouvelle*, Marzo 1896, p. 316.

² Louis Ménard, *Polythéisme grec*.

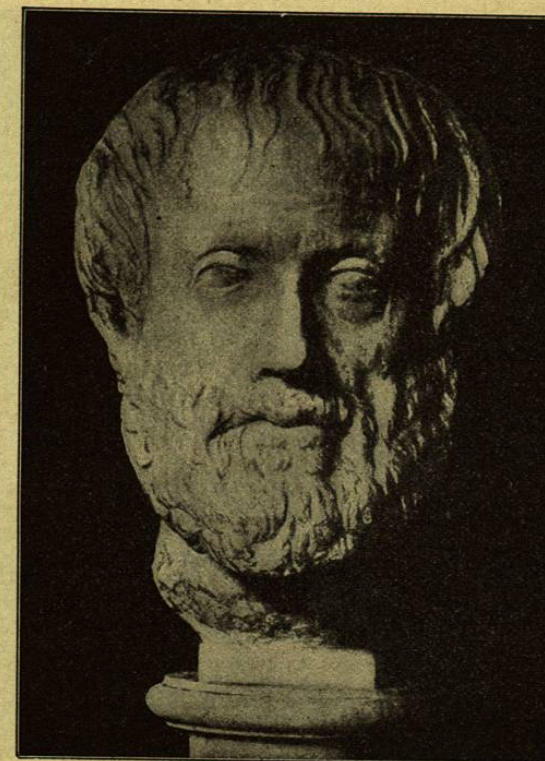
³ Victor Bérard, *De l'Origine des Cultes des Arcadiens*.

⁴ Plutarco, *Denominación de los Ríos y de las Montañas*; — G. Clémenceau, *Le Grand Pan*.

límites como el mundo, cobija á los hombres y los dioses en su inmensidad.

Los misterios religiosos de Grecia conservaron también durante muchos siglos el culto directo de los astros, sol, luna, estrellas, hasta cuando los representantes simbólicos de la Naturaleza, los dioses, ocuparon el lugar de los elementos: el fetichismo panteísta se conservaba bajo el politeísmo, así como después el paganismo se continuó bajo el catolicismo.

Los templos griegos, lo mismo que los de Egipto, se construyeron de una manera que se orientaran exactamente hacia la salida de las estrellas ó de los grupos estelares más notables, tales como Arcturo, La Espiga, las Pléyades, y en la época en que esos astros surgían del horizonte, á la vista del santuario, se celebraban las grandes fiestas de la divinidad, asociada al astro lejano en la

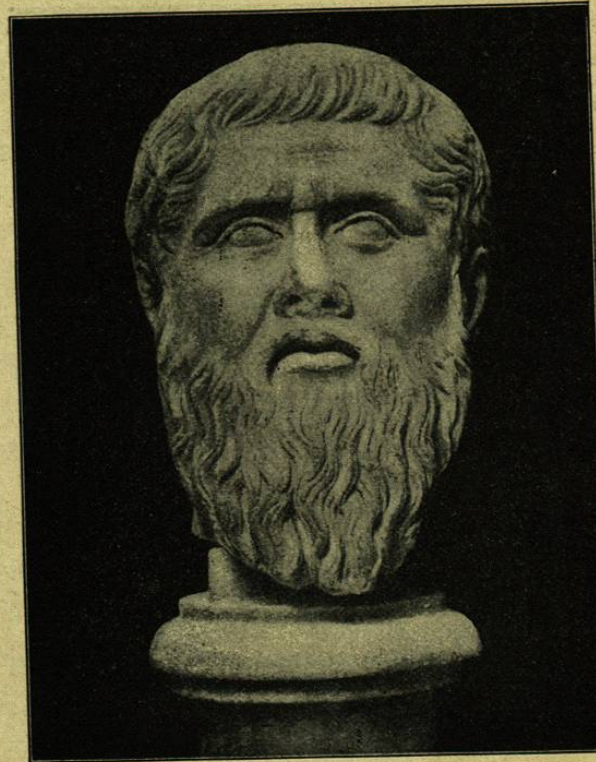


ARISTÓTELES
Origen dudoso.

Museo de Viena.

adoración de los fieles. Pero como la posición aparente de las estrellas cambia á consecuencia de la precesión de los equinoccios, los sacerdotes, en pie al lado del altar, habían de hacer que cambiara la abertura de las puertas para seguir el haz de los rayos estelares. Además, cuando habían pasado algunos siglos sobre el templo, no bastaba ya abrir nuevas puertas; era el edificio mismo lo que se trataba de reconstruir, haciéndole, por decirlo así, girar sobre su eje; el templo marchaba como una aguja sobre el cuadrante de los cielos. En los puntos en que las construcciones se elevaron sucesi-

vamente sobre el mismo sitio, el ángulo de desviación observado por los arquitectos les bastó para revelar las épocas de erección primera y de restauración. De ese modo se ha podido fijar en más de 34 siglos antes del día (exactamente en el año — 1530) la fundación del templo arcaico de Atenea, sobre el Acrópolis, y en 230 años después la



PLATÓN

Museo de Aix en Provenza.

del templo de Eleusis, que miraba hacia Sirio, como tantos otros monumentos contemporáneos de Egipto; y que quizá dió asilo á magos venidos de la misma comarca¹.

Así, el politeísmo helénico comprende, en el conjunto de su desarrollo, todas las formas religiosas primitivas que se han sucedido entre los hombres; había de terminar también en las formas religiosas más elevadas, después negar su principio, para encontrar, más allá de los cultos, la moral humana en su esencia.

Desde los bosques de Dodona, donde se escuchaba con espanto el rumor de las grandes encinas temblorosas, hasta los jardines de Academos, donde se paseaban los filósofos discutiendo sobre la sabiduría, los investigadores helenos han recorrido el camino inmenso que conduce desde el instinto originario al estudio consciente de los grandes problemas de la vida.

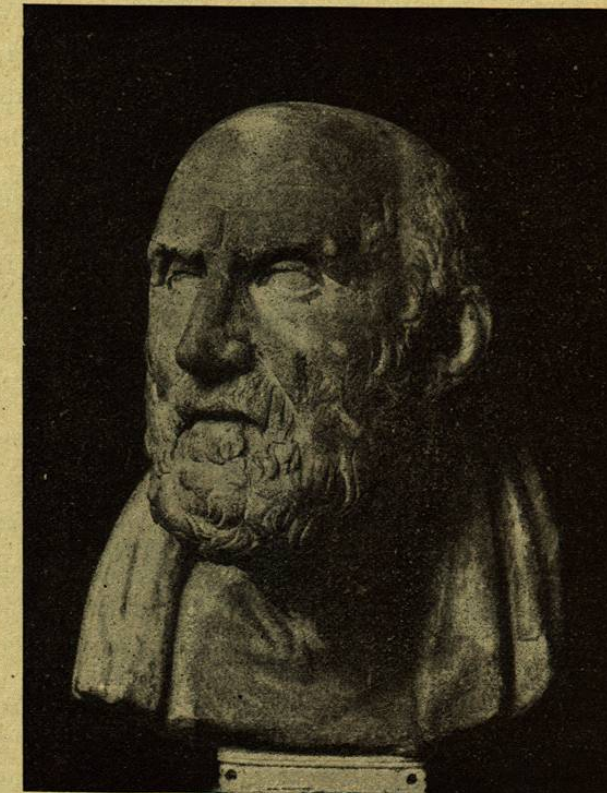
No hay duda que la religión monoteísta, concentrando todo el

¹ F.-C. Penrose (and N. Lockyer), *Philosophical Transactions*, 1884, p. 805 y siguientes; — Nissen, *Rheinisches Museum für Philologie*, 1885 y 1887.

ideal humano en una sola persona augusta, se manifiesta en el pensamiento griego tan noblemente como en el de los Semitas. «¿No era el Júpiter de Píndaro y de Sófocles el enemigo de la tiranía, el protector de los oprimidos, el guardián del hogar, el vengador de la justicia y el refugio de los desgraciados?»¹ ¿Y no se desvanece el gran Dios mismo en beneficio de lo bueno y de lo bello que representa en cuanto los diferentes pueblos pierden los dioses especiales que les distinguen?

De ciudad en ciudad, los Helenos se habían reconocido como hijos de antepasados comunes, coherederos de una misma lengua y de una misma civilización, creadores de un mismo tipo social.

La noción patriótica, en un principio absolutamente estrecha, confinada en la misma ciudad, se extendió gradualmente á todos los habitantes de la Hélade y de los países helénicos; después, entre los filósofos, abarcó al mundo entero. Jamás fué proclamado el principio de la gran fraternidad humana con más claridad, energía y elocuencia que como lo proclamaron los pensadores griegos; después de haber dado los más bellos ejemplos de la estrecha solidaridad cívica, los Helenos afirmaron con toda eleva-



DIÓGENES

Cl. Mansell.

Museo Británico.

¹ Michel Bréal.

ción el principio de lo que dos mil años después de ellos se llamó la «Internacional».

El atavismo, que en toda civilización envejecida, más ó menos rancia á fuerza de convenciones y mentiras, conduce siempre á cierto número de hombres hacia el amor de la naturaleza primitiva, hubo de manifestarse también en la sociedad griega, pero acompañado de todas las conquistas de la cultura intelectual. Viéronse entonces filósofos, perfectamente armados por la dialéctica, por el conocimiento de las cosas y por el desprecio de toda preocupación, reivindicar con toda sencillez, pero con una fuerza invencible de convicción, su emancipación de todo despotismo, lo mismo el que otros hombres hacían pesar sobre ellos que el de las supuestas conveniencias y de la costumbre; viéronse estoicos esclavos marchar tan noblemente en su dignidad, que se les respetó más que si fueran hombres libres; viéronse también «cínicos», palabra antiguamente respetada y empleada actualmente en mala parte, tomarse la misma libertad de albergue y de acción que los animales de los campos, á la vez que se elevaban por el estudio y la enseñanza á la misma altura de pensamiento que los sabios más famosos de su tiempo. Sin más vivienda que un tonel, casi sin necesidades, hasta ignorando el hambre, ya que unas aceitunas ó unos ajos les bastaban, creían en la igualdad y la practicaban; borrando con su propia vida toda diferencia entre ricos y pobres, venían á la perfecta reconciliación entre las clases. Por el pronto, todas las distinciones sociales se hallaban abolidas, y ante Diógenes, «Ciudadano de la Tierra», Alejandro, el asesino de su padre, el exterminador de Tebas, no se sentía ya el dueño omnipotente que era á la cabeza de sus soldados y de sus pueblos esclavizados.

Y, no obstante, esos mismos filósofos, tan altos por el pensamiento, que podían ignorar, como si tal cosa no existiese, la sociedad de los poderosos y de los ricos, continuaban viviendo en las ciudades, obrando directamente sobre sus conciudadanos por el ejemplo y la nobleza de su vida; no se refugiaron fuera de la humanidad, como lo hicieron después los anacoretas y los cenobitas, egoístas pusilánimes que no buscaban más que su propia salvación.

Esa alta comprensión de las cosas no entraba en verdad más que en un corto número de cerebros; pero había de propagarse de siglo en siglo y de pueblo en pueblo hasta las extremidades de este universo que, sin conocerle aún, se abarcaba de antemano en una inmensa república de iguales, ideal de nuestro tiempo y de los tiempos venideros.

